

cerca de este rey de Grecia al autor de esta relacion, mas el príncipe de Sajonia-Coburgo no se decidió á aceptar aquel trono por las prodigiosas dificultades que presentaba la creacion de una monarquía constitucional en una comarca donde, demasiado antigua ó demasiado reciente, la civilizacion no prometia mas que largas oscilaciones al gobierno. El jóven príncipe Othon de Baviera fué proclamado rey de los Griegos.

Hemos anticipado algunos años estos sucesos para referir sin intervalos el desmembramiento de la Grecia. Volvamos al año 1826 y asistamos al esfuerzo heróico y desesperado de Mahmoud para regenerar el imperio tan desmantelado.

XXIV

Hemos visto que la cobardía, insolencia é indisciplina de los genizaros habian sido en los tres últimos reinados el oprobio y decadencia de los ejércitos otomanos. Esta institucion no solo habia entregado la Crimea, Besarabia, Moldavia y Valaquia á los Rusos, sino que abandonaba entónces el Peloponeso y

las islas á los Griegos sublevados. La opinion pública, irritada contra una milicia que no sabia mas que turbar y no defender el imperio, secundaba el resentimiento de Mahmoud, ofreciéndole al fin la ocasion que tanto habian anhelado sus predecesores y él mismo. Conspiró pues al fin á su vez contra sus eternos conspiradores. La degollacion de los strelitz no habia sido para Pedro el grande mas que una explosion de cólera, la estincion de los genizaros fué para Mahmoud un plan concertado.

XXV

Aunque seguro del gran visir, cuya autoridad absoluta habia declinado y cuyo título habia sido suprimido, apoyado por Hussein, bajá de Widdin, creador de las tropas disciplinadas y tan pronto siempre á exterminar como á organizar para salvar á su amo, autorizado por el muftí, oráculo venerado de la ley, aunque abiertamente estimulado por los ulemas, órganos de la opinion religiosa, Mahmoud, ántes de vengarse, quiso provocar un flagrante delito de rebelion y de crimen en la milicia proscrita. Con este

fin reunió en consejo de reforma al muftí, los ulemas, el gran visir, los visires de la cúpula, Hussein-Bajá, Islet-Bajá, Kosrew-Bajá, y despues de haber, sondeado bien el mal, propuso como único remedio, un firman de reforma en 46 artículos que organizaba y disciplinaba el cuerpo de los genízaros sobre el modelo de los nizams-djerids, tropas regulares tantas veces ensayadas y otras tantas vencidas por la obstinacion de los genízaros.

La promulgacion de esta reforma por el gran visir sublevó, como creia el sultan, la resistencia de la milicia reformada y una conjuracion al principio sorda, pero despues tumultuosa, se organizó en la noche del 15 de junio 1826.

Despues de haber prolongado cerca de un mes su irresolucion, reuniéronse los conjurados aquella noche de dos en dos en la plaza de Etmeidan, la cual habian fijado como centro de sus operaciones. Todos los oficiales y soldados, excepto algunos capitanes y otras con los cuales no contaban, fueron invitados á reunirse con ellos y en pocos momentos se llenó la plaza de rebeldes. Los jefes enviaron un destacamento para que atacase el palacio del aga, espidiendo sucesivamente varios mensajeros al intendente general. Hassan-Aga, para decidirlé en su favor, á todos contestó Hassan-Aga : « No pudiendo ir solo á la reu-

« nion he citado á los comandantes de las compañías, « y cuando vengan iremos todos juntos. » Así se libró de sus instancias y del lazo que le tendian, permaneciendo en su palacio mientras llegaban los capitanes, en medio de las mas atroces angustias, *apoyada su espalda contra la pared de la estupefaccion.*

La tropa que se habia dirigido al palacio del aga llegó cuando volvia Djelal-Eddin de hacer una ronda en el barrio del castillo de las Siete-Torres y disponíase á acostarse. La circunstancia de hallarse en un lugar secreto, cuando entró, salvó su vida. No encontrándole los soldados en los primeros momentos, supusieron que no estaba en el palacio y deseando entregarse cuanto ántes al pillage, principal objeto de la insurreccion, volvieron precipitadamente á Etmeidan, no sin haberse vengado de la ausencia del aga, rompiendo las puertas y ventanas del palacio y pegándole fuego por diferentes puntos. Felizmente apagóse este por sí mismo.

En cuanto llegó la aurora los conjurados sacaron las marmitas de sus cuarteles, y las llevaron á la plaza de Etmeidan, corriendo al de los djebedjis (armeros) y de los serradjis (silleros) para apoderarse tambien de las de estos cuerpos. La compañía de los primeros se las entregó, comprometiéndose así aquel bizarro cuerpo en la insurreccion.

Entre tanto los jefes mandaban sarjentos á los cuarteles del castillo de las Siete-Torres, de Asma-Alti, de Cabbain-Dakik, receptáculo de todos los criminales de la capital, para que fueran á unirse con ellos. Suponiendo que el gran visir Hussein-Bajá, el aga y todos los principales funcionarios estaban presos ó habian sido asesinados, sublevaban al populacho excitándole al pillage. Los mozos de cordel, los mercenarios y la gente sin casa ni hogar no tardaron en llenar las calles de Constantinopla, formando con los rebeldes una masa imponente. Una turba de furiosos marcha sobre el palacio del gran visir, conducida por Mustafá el verdulero. Otra mandada por Mustafá el borracho, corre á prender al instructor Daoud-Aga, y saquea la casa del agente del virey de Egipto, Nedjib-Effendi, á quien detestaban profundamente los genízaros. Hallábase este en el campo de Canlidjik y así no corrió el menor peligro su vida, pero le robaron los depósitos que le habian confiado diversos bajás y cuya suma excedía á ocho mil bolsillos.

Merced á una feliz casualidad, el gran visir habia pasado tambien la noche en su casa de Beglerbeg. Espantadas sus mujeres al oír el ruido de los facciosos que se precipitaban en el palacio, refugiáronse en un subterráneo situado en medio de un jardín

evitando así sus miradas y sus violencias. Nada respetaron en el palacio, apoderándose de todos los efectos preciosos y de unos seis mil bolsillos de plata.

Entretanto recorrian los genízaros todas las calles de la ciudad gritando : « ¡ Muerte á los promulgadores de fetwas, á los escritores juridicos, á los que se defiendan, á todos los que llevan caouk (1)! » « Prendamos á sus mujeres é hijos ; los niños se venderán á diez pesos cada uno, las casacas á cinco. » « Que todos los comerciantes abran sus tiendas ; por un pedazo de vidrio que puedan robarles, les daremos un diamante. Si cualquiera de los nuestros hiciese al pueblo alguna iniquidad , al instante será despedazado ! »

Tales eran las voces tumultuosas que despertaron á las gentes honradas al amanecer *sumiéndoles en un océano de temores.*

Un poeta ha dicho : « Oh tú que te duermes en medio de la mas apacible tranquilidad, una catástrofe nada ménos te despertará. » Del mismo modo la espantosa noticia de la rebellion interrumpió el sueño de los funcionarios públicos y de los grandes

(1) Es la gorra de los escritores, abogados y funcionarios con traje civil.

del Estado, llegando á la casa de Beglerbeg, donde estaba el gran visir, con la rapidéz del rayo. Miéntras que tomaba todas las disposiciones convenientes, mandó con su hermano y el intendente la órden á Hussein-Bajá y Mohammed-Bajá para que marchasen al momento con sus tropas al serrallo, y punto llamado Yalikeuchk (kiosko del borde del agua). Monta despues en su barca y confiando en la Providencia, parte solo con su cafetero Osman-Aga; llega al kiosko, llama al intendente de los tesoros del palacio, que segun costumbre de estas dignidades, dormia durante el verano en el serrallo nuevo, y comisionale para participar al sultan los sucesos que tenian lugar, pedirle permiso para sacar en público el estandarte del Profeta y suplicarle que se presente á las tropas.

Al mismo tiempo llama al muftí, que no tarda en presentarse, y llegando tambien á Yalikeuchk los bajás Hussein y Mohammed, espide varios emisarios á los doctores (damchmends), á los profesores (khodjas) y á los estudiantes, para que todos corriesen, en aquella grande crisis, en defensa del trono. El gran visir envia además sus órdenes á los ridjals de la Puerta, oficiales de su casa, al intendente del arsenal, general de artillería (topdji-baschi), comandante de los soldados del tren, jefe de los bombarderos, al de

los minadores, para que lleven sus respectivas tropas al serrallo.

Miéntras tanto el intendente general Hassan-Aga, que habia permanecido en su palacio, en medio de las mayores inquietudes, habia recibido sucesivamente á los jefes de las compañías y algunos escritores, mutevellis y odabaschis que eran fieles á su deber.

La mayor parte habian pasado por la plaza de Etmeidan y participándole los progresos de la insurreccion, dirigióse con todos al palacio del aga de los genizaros. No encontrándole en ninguna parte instalóse el presidente en su palacio enviando á Raschid-Effendi, jefe de los escritores, cerca de los rebeldes, para decirles que explicasen sus intenciones. Todos gritaron con unánime voz: «No queremos hacer los «ejercicios de los infieles, la costumbre inmemorial «de los genizaros es tirar con bala á los pucheros de «tierra y cortar con el sable rollos de feltro. Tales «son nuestros ejercicios militares; queremos las cabezas de los que han aconsejado la reforma.» Y designaron por sus nombres á muchos altos funcionarios y oficiales de la corte del sultan, mandaron al escritor que llevase tan audáz respuesta. Trasmitiéndola Hassan-Aga en seguida al kiosko del borde del agua, por el mismo Raschid-Effendi, que la re-

pitió fielmente al gran visir en presencia de todos los grandes dignatarios, exclamó este con indignacion : « El nuevo sistema militar que hemos adoptado es « tan conforme á la razon como á la ley religiosa, y « así cuenta con el asentimiento de todos los ule- « mas. El honor y poder de la monarquía otomana « exigen que se lleve á efecto y no sufiremos que se « quite una sola piedra á tan sagrado edificio. Con « el auxilio de Dios exterminaremos á los rebeldes, « contra los cuales esgrimiremos el sable de la ven- « ganza. Llevadles esta contestacion. »

Todos los asistentes aprobaron tan enérgicas palabras y el escritor partió. El gran visir y los personajes que le rodeaban salieron del kiosko y marcharon al interior del serrallo, al sitio llamado la *Casa de fieras*, que era el punto de reunion general. Los principales ulemas, profesores y estudiantes llegaban allí sucesivamente, mezclados con el general de artillería (topdji-baschi), el comandante de los soldados del tren (arabadji-baschi), el capitan de la artillería á caballo, Ibrahim-Aga, célebre por sus victorias y denominado el *Infernal*, todos estos con sus cañones. Ahmed-Aga, jefe de los ugières del arsenal, llevó los soldados de marina. Los minadores se presentaron con todos sus oficiales, todos aquellos fieles servidores del Estado, reunidos en los vastos patios del

serrallo, esperaban con impaciencia la llegada del sultan.

El intendente de los tesoros de palacio, Mohammed-Emin, á quien habia comisionado el gran visir cerca de Mahmoud, corrió á Bechik-Tagh, residencia de su alteza, y participándole la rebelion de los genízaros, añadió que todos los amigos adictos á la monarquía, reunidos en el serrallo, esperaban sus órdenes para marchar contra los facciosos, deseando que los llevase con su presencia la mayor garantía de la victoria.

Inmediatamente mandó el sultan que se hiciese á la mar el barco que tenia destinado á sus paseos, y mientras que le preparaban espidió á uno de sus servidores íntimos, Aboubekre-Effendi, al gran visir, pidiéndole algunos detalles precisos, trasmitiéndole además algunas órdenes cuya idea acababa de surjir en su espíritu *iluminado por las inspiraciones celestes*.

Era tal sin embargo su impaciencia por presentarse á los valientes defensores del trono, que no pudo esperar la vuelta de Aboubekre y no escuchando mas que su ardiente valor, ciñe su sable, monta en su barco con su fiel secretario Mustafá-Effendi, y seguido de otros barcos donde iban su silihdar (portasable) y los otros oficiales de la corte, aborda á fuerza de remos en instantes en el serrallo y puerta del ca-

non. Atravesando aquellos deliciosos sitios, verdadero paraíso terrestre y residencia de los monarcas otomanos, llega el sultán á la vasta sala llamada Sunnet-Odacy (de la circuncision). Por todas partes siembra una nueva vida derramando en los corazones el fuego sagrado del entusiasmo. Llama al gran visir, al muftí, y á todos los funcionarios y ulemas reunidos en la casa de fieras, y dirígeles la palabra en estos términos :

« Todos conoceis el esmero y celo con que, desde
« el día de mi advenimiento al trono, he servido los
« intereses de la religion y procurado labrar la felici-
« dad del pueblo que me ha confiado la Providen-
« cia. También conoceis todos los tiros dirigidos á mi
« corona por los movimientos sediciosos de los gení-
« zaros y la indulgencia con que he tratado tantos ac-
« tos capaces de apurar la mas santa paciencia. Para
« evitar la efusion de sangre, no solo los he perdo-
« nado sino que los he llenado de favores. Sin mas
« obligacion que la que les imponia mi benevolencia,
« todos habian jurado conformarse á las disposicio-
« nes del nuevo decreto. Ahora bien; negarse hoy á
« ejecutar su promesa, violando así el contrato legal
« firmado por ellos y sancionado por todas las auto-
« ridades civiles y religiosas, esa exaltacion furiosa
« que manifiestan, las insolentes exigencias que ex-

« presan, ¿constituyen ó no una verdadera rebelion
« contra el soberano? y para reprimir á esos traido-
« res y vencer á la insurreccion ¿qué medidas juz-
« gais necesarias? ¿Cuál es la opinion de los intér-
« pretes de la ley sobre el uso de las fuerzas de las
« armas? »

Los ulemas contestaron unánimemente : « La ley
« manda combatir á los facciosos. El Coran ha di-
« cho : *Si hombres injustos y violentos atacasen á sus*
« *hermanos, combatid á los agresores y ponedlos á*
« *disposicion de su juez natural.* »

Todos los asistentes exclamaron : « ¡ Estamos re-
« sueltos á vencer ó morir ! Dios nos protegerá ; sa-
« crificarémos, si es preciso, nuestra vida por el
« sultán. »

En medio del entusiasmo general, el profesor Abderrahman-Effendi, exaltado por el esceso de su ardor guerrero; tiró al suelo el rosario que tenia en la mano, gritando : « ¿ Qué esperamos entónces? á ellos, al enemigo, ¡ muera bajo nuestra metralla ! »

Aquella reunion de valientes, animada por ese espíritu de union que constituye la fuerza, despues de haber suplicado al sultán que dejase sacar el estandarte del Profeta, se disponia á marchar contra los rebeldes, cuando el sultán dijo : « También quiero
« yo combatir en medio de los verdaderos creyentes,

« y castigar á los ingratos que me ofenden. » A estas palabras , todos los oficiales que le rodeaban levantaron las manos suplicándole desistiese de su resolución. « Rogamos á Vuestra Alteza , dijeron , que no « comprometa su augusta persona, presentándose sin « necesidad á un vil puñado de facciosos. Desplegue « su oriflama musulmana y dirija tranquilamente « sus votos para que se salve el imperio y triunfe la « buena causa. Los esfuerzos de sus fieles servidores « no necesitan mas que sus poderosas oraciones. »

Cediendo el sultan á sus instancias , dispuso que los pregoneros recorriesen las calles de Constantinopla y de las tres ciudades (Galata , Pera , Scutari) , llamando á todos los musulmanes para que fueran á proteger al estandarte del Profeta , en derredor del monarca , soberano pontífice de la religion. Esta orden debia comunicarse primero al tribunal de Constantinopla y transmitirse despues á los imanes de los diferentes barrios por los ugieres del mehkemé (palacio de Justicia). Al mismo tiempo fueron convocados en el serrallo muchos personajes importantes que habian permanecido en sus casas , rogando por el triunfo del derecho y dispuestos á secundarle con todos sus esfuerzos.

Por un efecto de la proteccion divina , pregoneros y ugieres cumplieron felizmente su mision sin que

los insurrectos tuviesen de ella la menor noticia. A su voz levántase el pueblo , y en ménos de media hora nuevos grupos de estudiantes , con sus profesores á la cabeza , habitantes de todos los barrios con sus imanes , y vecinos de Galata , Pera y Scutari conducidos por sus magistrados desembocan por todas partes en la plaza del serrallo tomando en ella posicion.

Entre tanto el mismo sultan fué á buscar á la sala donde se guarda *el cipres majestuoso del jardin de la victoria*, la bandera verde del príncipe de los profetas, é invocando la asistencia celeste , la remitió al gran visir y al muftí , los cuales la confiaron á los musulmanes apiñados que los rodeaban. El profesor Ahmed-Effendi de Akiska dirigió á los que la recibieron una tierna alocucion , que les hizo verter lágrimas de entusiasmo. Sacando de los almacenes de palacio sables , fusiles , cartuchos que se distribuian á los que no tenian armas , y todos aquellos campeones decididos de la fé y del trono , profiriendo los gritos terribles de ¡ Aláh ! Aláh ! precipítanse fuera de las puertas del serrallo , corren á la mezquita del sultan Ahmed y plantan encima del púlpito el glorioso estandarte de Mahoma.

El sultan , despues de haber invocado las bendiciones del cielo en favor de los guerreros á los cuales

acababa de confiar la sagrada oriflama, montó á caballo escoltado por su porta sable Ali-Aga, su primer camarero Aboubek re-Effendi, su secretario Mustafá-Effendi, y Ahmed-Schakir-Effendi, oficial del mabein (habitacion interior contigua al haren), y atravesando los jardines particulares del serrallo, fué á instalarse en el pabellon que hay encima de la puerta imperial, donde podia recibir mas prontamente noticias de sus defensores. Desde allí veia pasar por la plaza á los ciudadanos honrados que corrian á defender el estandarte del Profeta, y seguía los con sus votos.

XXVI

Mientras que Mahmoud, alma intrépida, sufría porque la dignidad del poder supremo le condenaba á no moverse de su kiosko, desde donde contemplaba los acontecimientos de los cuales dependian su trono y vida, el verdadero jefe de la empresa Hussein-Bajá, Mohammed-Bajá, el gran visir, los ministros y ulemas del partido del sultan se reunian en la mezquita vecina de Ahmed, donde, rodeados de minuto en mi-

nuto por la masa creciente de los musulmanes fieles al trono y de las tropas convocadas por el primero, deliberaban sobre los medios de pacificar ó destruir la sediccion. « Deliberar cuando debemos castigar, » dijo Hussein, « es declararse vencidos. — Con el sable y no con palabras se resuelven las dudas de los facciosos, » añadió Mohammed-Bajá. Y sin esperar la réplica de los hombres de iglesia y de leyes, vistieron Hussein y Mohammed los trajes militares menos vistosos, montaron á caballo, y seguidos de un regimiento de artillería con sus piezas y un puñado de soldados y de marineros decididos, subieron por la calle del Divan á la plaza de Etmeidan, donde los genízaros en tumulto estaban reunidos delante de sus cuarteles. Continuos grupos armados de fieles musulmanes aumentaban en el camino esta columna, mientras que, guiados otros por distintas calles, se avanzaban silenciosamente para penetrar al mismo tiempo en aquella plaza, campo de batalla ordinario y campo de victoria habitual de los sediciosos.

Algunos genízaros indecisos se habian presentado aisladamente en la mezquita de Ahmed al gran visir y al muftí, preguntándoles lo que debian hacer. « Pueblo de Mahoma, » exclamó el muftí, inspirado por el espíritu del Profeta, « ¿ qué esperas ? si quieres « servir á Dios y obedecer al sultan, sombra suya,

« ¡corre á proteger á tus hermanos que ya están luchando con los impíos! »

A estas palabras, la multitud que rodeaba todavía la mezquita, lanzó al cielo una inmensa exclamación, precipitándose en numerosas columnas detrás de Hussein y de los artilleros.

XXVII

Los genízaros, que habian colocado avanzadas en la calle ancha del Diván y en los patios de la magnífica mezquita de Bajazet, al oír los gritos unánimes del pueblo, y saber que la oriflama, emblema sagrado de la victoria, habia salido del serrallo y los condenaba al esterminio de los fieles creyentes, se replegaron á Etmeidan, cerrando su grande puerta y barricándose como en una fortaleza.

Antes de dar el asalto, los generales se adelantaron lo bastante para ser oídos, y les aconsejaron que se sometieran al sultan, prometiéndoles implorar su clemencia en favor de los soldados arrepentidos. Un clamor injurioso fué la única contestación que dió aquella multitud tantas veces victoriosa de los sulta-

nes y del pueblo; no solo no creían aquellos hombres que habia llegado su día supremo, sino que esperaban imponer otra vez sus caprichos como otras tantas leyes al serrallo y al imperio.

Hecha aquella última tentativa de conciliación por Hussein para complacer al pueblo, dió á los artilleros orden de hacer fuego y de destruir las puertas de la plaza á cañonazos. A fin de aumentar la seguridad que tenían los genízaros formados en masa detrás de las puertas, y preparar mas víctimas á su metralla, el comandante de los artilleros levantó la voz para ser oído dentro de Etmeidan, y grita con asesina astucia á sus soldados: « No, no tireis; todavía no ha llegado la pólvora que esperamos. »

Confianza los genízaros en estas palabras, y creyendo que podian permanecer sin peligro detrás de las puertas, desde donde veían las piezas é insultaban á los artilleros, continuaron como un vil rebaño apiñado delante de la metralla. El cañon destrozó instantáneamente la puerta y barricadas, llenó de cadáveres la plaza donde estaban reunidos, y lanzándose Mohammed-Bajá por aquella brecha el primero con un puñado de artilleros y el iman ó capellan del regimiento, penetra por ella no obstante el fuego de los genízaros, la columna entera del pueblo y soldados. Viendo los rebeldes la plaza llena de tropas,

pueblo, armas y cañones, se replegaron en desórden á sus cuarteles, sitiados en la puerta opuesta de Etmeidan, en frente de las puertas destrozadas. Aglomerados unos siete ú ocho mil en aquella fortaleza, pero sin plan, sin jefes, sin municiones, sin eco en la multitud, tiraron en vano por las puertas y ventanas de aquel vasto edificio; un intrépido artillero, llamado Mustafá, despreciando su fuego para apagarle, y avanzando con una torcha en la mano hacía una especie de bazar de madera, que tenían los cocineros de las ortas y que estaba al rededor de los cuarteles; pégale fuego y enciende una hoguera inmensa que, secundada por el viento, cubre los cuarteles con sus llamas y humo.

En un momento rodean el edificio los torbellinos de fuego, mientras que las piezas cargadas de metralla destruyen las murallas, llenando de cadáveres las ventanas, patios y puertas por las cuales trataban de huir de las llamas los genizaros. El humo de aquel vasto incendio, cuyas llamas aspiraban maldiciendo tres mil rebeldes, subió al fin por encima de Etmeidan de la mezquita de Ahmed y de los cipreses de los jardines del serrallo, anunciando á los europeos de Pera (parte de la ciudad que separa un brazo de mar de los turcos), que se consumaba un drama siniestro cuya causa, importancia y resultado no

podían comprender. El cañon respondía sin intervalo al grito de la soldadesca inmolada en su guarida, mas ¿eran gritos de victoria ó de muerte? Ninguno lo sabía en aquella inmensa ciudad; la grande crisis de que dependía la suerte del imperio estaba concentrada en el estrecho espacio que hay entre la puerta del serrallo y los cuarteles de Etmeidan.

XXVIII

Los genizaros concluyeron al fin; los que no habían perecido en las llamas ó bajo la metralla huían de la venganza tardía, pero inexorable del pueblo y del sultan. Hussein y los otros bajás vencedores mandaron poner una tienda de campaña en medio de aquella carnicería, y á ejemplo de Sylá cuando las grandes proscriciones de Roma, destacaron sus grupos armados por todos los barrios de Constantinopla, para perseguir á los genizaros, á quienes había respetado el incendio y la metralla; jefes y soldados fueron conducidos á aquel tribunal, decapitados y arrojados al mar. El terror que aquellas sediciosas hordas habían sembrado por espacio de tantos siglos

en el serrallo, cayó entónces sobre todo lo que habia pertenecido al cuerpo de los genízaros. Mahmoud vengó por fin á Selim, y pudo llamarse soberano, despues de haber expuesto en una jornada decisiva, heróica, pero lentamente preparada, su vida, el trono, el imperio. Triunfó al fin su voluntad, no necesitando ya para regenerar á su nacion mas que un poco de felicidad. Es precisamente lo que los reformadores no tienen hasta despues de su muerte.

XXIX

A pesar de que la rebelion estaba vencida, que la mayor parte de los genízaros habian perdido la vida en el combate, y que los que evitaron la carnicería y todos sus partidarios, llenos de consternacion y espanto, se escondian en los sitios mas apartadas, la prudencia aconsejaba que se tomasen todas las medidas de seguridad necesarias, haciéndose una prolija policia. Estableciéronse, pues, tanto en el interior como en las puertas de Constantinopla y pueblos de las inmediaciones, numerosas guardias y prescribié-

ronse severas perquisiciones y la mayor vigilancia.

Despues de la victoria, Hussein-Bajá y Mohammed-Bajá habian registrado con todo esmero los cuarteles y alrededores, enviando con buena escolta al hipódromo á todos los genízaros y á sus partidarios que habian huido de Etmeidan y refugiádose allí.

Tambien continuaron las pesquisas la noche siguiente, reconociendo y arrestando, con diferentes disfraces, á muchos promotores de la insurreccion. Otros rebeldes fueron sacados del fondo de sus guaridas donde estaban *como serpientes tiritando de frio*, dice el relato turco. Conducidos sucesivamente al tribunal del gran visir, fueron condenados á *la venganza de la ley* y entregados á *las garras* de la estrangulacion. Figuraban entre ellos oficiales, sargentos y veteranos, cuya perniciosa influencia habia agitado *la espumadera de la caldera de la sedicion*, especialmente el viejo Seymen-Baschi-Mustafa, el vice intendente Mustafa, Yusef-el-Kurdo, Mustafa administrador de la vigésima quinta orta; su hermano Mohammed, el pastelero; el cocinero mayor de la quinta orta, que habia mandado sacar las marmitas del regimiento de los armeros; el colchonero Hussein, antiguo cocinero mayor; el calderero Nedjib, hombre de curtido cutis, de aspecto sombrío y atroz, en *cuya horrible frente parecia estar grabado el proverbio*.